

pilar guembe - carlos goñi

Porque te quiero

educar con amor... y mucho más



Desclée De Brouwer

Índice

Presentación: Porque te quiero	15
Capítulo 1 • Porque quiero que seas independiente ...	19
Comer y cantar	21
A poner la mesa	22
Encuentro familiar	23
A fuego lento	24
Comer cuando toca	25
Situaciones a evitar	26
Felices sueños	27
A la cama	28
¡Buenas noches!	29
Coger el sueño	29
Malos sueños	30
Situaciones a evitar	31
Adiós al chupete	32
No cortar por lo sano	33
Ayudarle a dejarlo	33
Se chupa el dedo	34
Situaciones a evitar	35
Fuera pañales	36
Poco a poco	36
En positivo	37
A veces cuesta	38
Situaciones a evitar	39

Cada cosa en su sitio	40
Poner orden	41
Todos a una	41
Ordenando se ordena	42
Así está mejor	43
Situaciones a evitar	43
Sin prisa	44
Sus primeras palabras	45
Hablando claro	45
Aprovechar la ocasión	46
Lengua de trapo	47
Situaciones a evitar	48
Capítulo 2 • Porque quiero que seas capaz	49
La aventura de aprender	51
Al cole	53
Escuela y familia	54
¿Es mi hijo superdotado?	55
Un niño normal	56
Situaciones a evitar	57
Leer enriquece	58
Un complejo vitamínico	59
Su primera biblioteca	60
El placer de la lectura	61
Situaciones a evitar	62
Esas palabrotas	63
Niños malhablados	64
A lavarse la boca	65
Coprolalia	66
Situaciones a evitar	67
Verdad y mentiras	68
Del fantaseo a la mentira	69
Voces de alarma	69
Mentiras contagiosas	70

La verdad por delante	71
Situaciones a evitar	72
Afrontar la actualidad	73
Ojos de niño	74
Página de sucesos	75
Realidad y ficción	76
Cómo se lo explico	77
Situaciones a evitar	77
Frente al televisor	78
Apretando un botón	79
Saber apagar la tele	80
Hacer zapping.	81
Situaciones a evitar	82
Capítulo 3 • Porque quiero que seas tú	83
Fuerza de voluntad	85
Exigimos para exigir	85
Duele, pero cura	86
Demorar la satisfacción	87
Situaciones a evitar	88
Esas rabietas	89
Chantaje emocional	90
Serenidad	91
Vencer con el fracaso	92
Situaciones a evitar	93
Con autoridad	94
Saber mandar	95
Dime cómo castigas	97
El cachete antipedagógico	97
Castigos razonables	98
Situaciones a evitar	99
Educar jugando	100
Juegos de niños	101
Con juguetes.	101

Porque te quiero pilar guembe – carlos goñi

Sin juguetes	103
Situaciones a evitar	104
Saber esperar	105
El valor del dinero	106
La paga	107
Cosas que no tienen precio	108
Situaciones a evitar	109
Hablar de sexualidad.	110
¿Cómo se lo explico?	111
Diciendo las cosas claras	112
Con naturalidad	113
Con respeto	113
Situaciones a evitar	114
Capítulo 4 • Porque quiero que seas feliz.	115
Equilibrio personal	117
Actividad y activismo	118
Gestionar su tiempo	120
Perder el tiempo	121
Situaciones a evitar	122
Su mascota	123
Un perro en casa	123
Su responsabilidad	124
Encauzar su afectividad	124
Situaciones a evitar	125
Se muere de celos.	126
Príncipe destronado	127
Aparece el rival	128
Calmar los ánimos	129
Situaciones a evitar	130
Rivalidad fraterna	131
El ring en casa	132
Hacer las paces	132
Prevenir las peleas	133
Situaciones a evitar	134

Con los abuelos	135
Dos veces padres	136
Un buen tándem	136
Me los malcrían	137
Situaciones a evitar	138
La fuerza de la amistad	139
Hacer amigos	140
Entrenar su corazón	141
Amistad y felicidad	142
Situaciones a evitar	143
Epílogo: el arte de educar	145

Presentación: porque te quiero

Todos los padres quieren a sus hijos, pero no todos saben quererlos. Darles siempre lo que piden, mimarlos, estar encima de ellos continuamente, no dejar que se equivoquen, hacer por ellos lo inimaginable, son actos de amor, qué duda cabe, pero que a la larga no educan, es decir, no favorecen su crecimiento integral.

Para que nuestros hijos lleguen a la plena madurez tienen que dar muchos pasos, y nosotros velar el trayecto; tienen que pasar por diversas etapas, y nosotros estar en cada una; tienen que aprender a esforzarse, a sufrir y a renunciar, y nosotros también.

Los hijos no nacen educados; es a los padres a quienes corresponde el deber de educarlos. Con quererlos no basta, hay que saber administrar el amor: amar con cabeza, que no significa quererlos menos, sino al contrario, supone un plus afectivo por nuestra parte. En esta tarea no se puede ir con tiento sino que hay que derrochar cariño por los cuatro costados, pero sin malgastarlo, o lo que es lo mismo, sin gastarlo mal.

Malgastar el amor que damos a nuestros hijos significa no invertirlo adecuadamente, canjearlo por un activo atractivo pero ineficaz. Querer a nuestros hijos es fácil, lo hacemos de forma natural, pero lo que ellos necesitan es que se les quiera bien, que se invierta ese capital inmenso en una cuenta a largo plazo que reporte los intereses no en los padres sino en los hijos.

Ellos necesitan unos padres que los quieran, protejan y cuiden, pero también que los eduquen y exijan. No quieren que deleguen esa responsabilidad en

Porque te quiero pilar guembe – carlos goñi

la escuela o en el ambiente, sino que se tomen en serio su labor. No quieren padres blandos, pasivos, conformistas, pesimistas; sino exigentes, activos, con ganas de aprender y optimistas, dispuestos antes a equivocarse que a renunciar a su obligación.

Obras son amores... La forma que tenemos de querer a nuestros hijos es educarlos. Cuando les exigimos, cuando les decimos que “no”, cuando dejamos que se equivoquen, cuando no les damos todo lo que nos piden, cuando somos firmes, cuando no los sobreprotegemos... lo hacemos porque queremos que sean independientes, que sean capaces, que sean ellos mismos, que sean felices, en definitiva, porque los queremos.

“A menudo los hijos se nos parecen, y así nos dan la primera satisfacción...”. De esta manera comenzaba la canción que Joan Manuel Serrat dedicó a los niños, a esos “locos bajitos” que nos vuelven locos, que nos ponen a gatear y a hacer sandeces, que nos llenan de alegrías y de preocupaciones, que nos hacen recordar los cuentos y los juegos de nuestra infancia, que nos obligan a madurar y a envejecer, que, en fin, nos hacen pasar por la experiencia más apasionante: la de ser padres.

Los hijos son nuestros, es verdad, les hemos dado la vida, nos desvivimos por ellos, pero su vida es suya, no nuestra. El vínculo que une a los padres con los hijos es de los más fuertes que ha creado la naturaleza; sin embargo, no tiene la misma fuerza en ambas direcciones.

Del lado de los padres, el lazo no se rompe nunca, del de los hijos, en cambio, se tiene que romper y no podemos evitar que –como acaba la canción– “un día nos digan adiós”. Por lo tanto, hacer de todo lo que les pasa a los hijos algo “nuestro” es una tendencia natural de los padres, es lo que podemos llamar el “plural maternal” (y paternal), que utilizamos a menudo cuando hablamos de los hijos.

Usamos sin pensar la primera persona cuando deberíamos emplear la tercera, así decimos cosas como: “nuestro primer día de cole” en vez de “su primer día de cole”, “hemos hecho los deberes” cuando deberíamos decir “ha hecho los deberes” o “se nos ha caído un diente” siendo claro que nuestros dientes ya no son de leche.

Pero el “plural maternal” no es sólo una forma de hablar, sino una forma de ser y de actuar que puede rayar lo enfermizo. Tiene las características de un síndrome que presenta estos síntomas: excesiva preocupación, sobreprotección, proyección en los hijos de nuestras propias ilusiones, angustia ante la separación...

Pero lo característico de este síndrome es que, por su propia naturaleza, acaba afectando también a los hijos, ya que puede provocar en ellos dependencia, falta de iniciativa, cohibición, baja autoestima, dificultades de relación...

La única forma de eludir estas situaciones pasa por aceptar que los hijos, siendo nuestros, no son algo nuestro, no son una prolongación de sus padres, sino personas que tienen que llegar a ser independientes, con iniciativa propia, con confianza en sí mismas y autoestima, capaces de relacionarse con los demás y de ser felices...

Hablamos de “plural maternal” porque en general afecta más a las madres, no en vano ellas son las que han parido a sus hijos; no obstante, el plural también es “paternal”. Hay padres tan posesivos o más que las madres, lo que ocurre es que lo manifiestan de forma diferente. La manera de no caer en esta alteración de la maternidad y la paternidad consiste en aceptar que somos madres y padres, con todo lo que ello implica, y que únicamente podemos legar a nuestros hijos dos cosas: raíces y alas. Hacerlas compatibles será nuestro gran reto.

1

Porque quiero que seas independiente

Un viejo chiste habla de cierto hombre que padece encopresis, es decir, incontinencia de las heces. Un amigo le insta para que vaya a la consulta de algún psicólogo. En un primer momento asiste a un psicoanalista, y cuando su amigo le pregunta por su problema, le responde con serenidad: “Sigo igual, pero ahora ya sé por qué”. Después acude a una terapia conductista. “¿Qué tal te ha ido?”, le pregunta el mismo amigo, y él responde con satisfacción: “Continúo igual, pero ahora llevo calzoncillos plastificados”. Por fin, se lee un montón de libros de autoayuda y se convierte en un hombre feliz. “Veo que por fin tu problema se ha solucionado”, le comenta su amigo. “Sí”, responde él satisfecho, “sigo como antes, pero ahora ya no me importa”.

En este chiste aparecen reflejadas las actitudes de tres tipos de padres diferentes: los que buscan el porqué, los motivos, la razón de las situaciones conflictivas de sus hijos, pero no les ponen remedio; los que colocan parches sin llegar nunca a la raíz de la cuestión; y los que ni siquiera advierten que están ante un problema.

Huelga decir que ninguna de estas tres actitudes soluciona nada: a los primeros padres les falta *eficiencia*; a los segundos, *consistencia*; a los últimos, *capacidad de valoración* del problema.

La falta de eficiencia se manifiesta en la incapacidad de tomar decisiones realistas y operativas: el tema parece muy complicado y no se hace nada.

La falta de consistencia provoca que se ensayen soluciones sin llegar al núcleo del conflicto: hacer lo que sea para poca cosa más que salvar las apariencias.

Porque te quiero pilar guembe – carlos goñi

La incapacidad de valoración lleva a no formular bien el problema, a no ser capaces ni siquiera de advertirlo: no pasa nada, da igual, todo se solucionará con el tiempo.

No hay que ser un lince para percatarse de que estas tres actitudes dejan a los hijos a la deriva; por eso, hace falta una cuarta forma de actuar que sea realmente eficaz: unos padres que sepan formular los problemas y que los afronten con eficiencia y consistencia a la vez, que vayan al fondo de la cuestión pero también que sepan subir a la superficie.

Los padres realistas y eficaces llevan a cabo las tres funciones: advertir la situación conflictiva, indagar sus causas y buscar soluciones. Si el hombre del chiste fuera un niño y hubiera sido atendido por unos padres realistas, probablemente le hubiera respondido a su amigo: “He aprendido a controlarme”.

El primer esfuerzo educativo debe recaer sobre los hábitos básicos encaminados a consolidar en nuestros hijos la autonomía y el autocontrol. Con nuestra ayuda, deben interiorizar formas de actuar que les hagan independientes. Los hijos nos necesitan para llegar a no necesitarnos.